

Las Misiones Agustiniananas en China (1575 - 1818)

FOR

MANUEL ARES, O. S. A. (*)

II

Los PP. Rada y Marín.—El corsario chino Lin-Hung ataca a Manila.—Primera embajada española a China.—Sus resultados.—Labor científica del P. Rada.—Nuevas tentativas para entrar en China.

1575-1576

El infranqueable muro que encerraba a China y que hacía imposible todo acercamiento entre aquel Imperio y los pueblos de Europa, pareció abrirse por un momento, como si la Providencia quisiera dar a ver a nuestros Misioneros la abundante mies que allí les esperaba, para aumentar así los deseos que siempre habían tenido de recoger tan abundante cosecha; deseos que tan difíciles parecían de poderse lograr.

Un hecho tan extraordinario como peligroso para nuestro Imperio de Oriente vino a poner en comunicación a la colonia española de Manila con los chinos

El P. Rada que en la carta antes citada tan deseoso se

(*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», mayo-agosto, págs. 145-162.

mostraba de poder ser uno de los elegidos para entrar en China, logró ver satisfechos sus deseos, aunque por breve tiempo. Antes de pasar a narrar los acontecimientos siguientes, vamos a hacer una sucinta reseña biográfica, tanto de este gran hombre, uno de los más esclarecidos hijos de la Provincia de Filipinas, un gran etnólogo y «uno de los fundadores de la sinología», según le llama un autor moderno (1), como del P. Jerónimo Marín que le acompañó en esta expedición «que marca una gran fecha en la historia del conocimiento de China, porque fué propiamente la primera exploración científica del país» (2), de cuyos resultados se aprovechó toda Europa.

Nació el P. Rada en Pamplona, de una noble e ilustre familia, el 20 de julio de 1533. A la edad de 12 años fue enviado a la Universidad de París donde cursó griego y ciencias naturales y exactas en las que salió muy aprovechado y de las que hizo gran uso en toda su vida. A causa de las guerras entre España y Francia, volvió de París antes de terminar sus estudios y se decidió a continuarlos en Salamanca. Sintióse llamado por Dios a la vida del Claustro, se decidió a abandonar el mundo y vistió el hábito agustiniano en el Convento de S. Agustín de aquella ciudad el 20 de agosto de 1553. En 1560 o 61 fue destinado a las misiones de Méjico dedicándose desde el principio a la evangelización de los Otomís, cuyas costumbres e idioma estudió con sumo interés. Fue propuesto por el Rey de España para la sede episcopal de Jalisco, pero renunció a tal dignidad por no abandonar a sus queridos neófitos. Al enterarse en 1564 que los Agustinos eran los elegidos para acompañar la expedición de Legazpi al Oriente, pidió ser uno de los elegidos para tal destino, como en efecto lo fue, a pesar de la formal oposición del Provincial de Castilla, citada en la nota 9 del cap. anterior. Llegado que

(1) Henry Bernard. *ob. cit.* pág. 105

(2) *ib.* pág. 108

fue a Cebú, comenzó a trabajar con gran celo en la conversión de los naturales de aquellas Islas dedicándose al estudio de sus idiomas y al de la lengua china. En 1572 fue elegido Provincial de la recién fundada Provincia. En 1575 fue Definidor y Prior del Convento de Oton y en consideración a sus muchos servicios el P. General le otorgó el grado de Maestro. Este mismo año fue designado por los Superiores y por el Gobernador Lavezares embajador de China, para donde, como veremos, partió con gran contento. En 1576 quiso volver de nuevo a aquel Imperio, no ya como embajador, sino como misionero, pero sus deseos no se vieron cumplidos. En 1578 acompañó al Gobernador Francisco de Sande en una expedición a Borneo y a la vuelta enfermó y murió en alta mar. (1)

El P. Jerónimo Marín nació en Méjico y profesó en el Convento agustiniano de aquella ciudad el 2 de julio de 1556. Terminados sus estudios y ordenado de sacerdote se embarcó para Filipinas a donde llegó en 1571. Allí se dedicó al ministerio pastoral entre los naturales, prestando grandes servicios a los soldados españoles en la insurrección de 1574. En 1575 pasó con el P. Rada a China y vuelto a Filipinas en 1576 se embarcó para España donde Felipe II le comisionó con los PP. Francisco de Ortega y Juan G. de Mendoza para llevar una embajada a China, embajada que, como veremos, no se llevó a efecto. El P. Marín no volvió al Oriente y murió en Méjico en 1606. (2)

El extraordinario acontecimiento que, como antes dijimos, vino a poner en comunicación a los españoles de Manila con los chinos, fue el siguiente: A últimos de noviembre de 1574 se presentó a las puertas de Manila un corsario chino con una poderosa armada que estuvo a punto de dar fin a nuestro poder en Oriente y aniquilar la obra que

(1) Estos datos biográficos están tomados del P. G. de S. Vela, *Ensayo...* Tomo VI, pág. 444 ss.

(2) Datos tomados del P. Elviro Jorde. *Catálogo...* pág. 11.

los colonizadores españoles no habían hecho más que comenzar. (1)

Este corsario que hacía años infestaba las costas de China llamábase Limahon o Limhon, según los autores españoles de entonces. En los anales de la dinastía Mig es conocido con el nombre de Lin-Hung. El P. Rada dice que era natural de «Tinchin, en la provincia de Cumtan». La Historia china nos dice que era natural de Yao Pin en el distrito de Tchao Chow, provincia de Kwantung. Después de devastar varias veces las provincias del litoral chino, sobre todo las de Kwantung y Fukien, sin que nadie le pudiera ir a la mano para poner coto a sus desmanes, el emperador Wan Ly organizó una gran flota que envió contra él.

La flota dio con la guarida que el pirata tenía en una isla cercana a Formosa y se la hizo abandonar. Al verse Lin-Hung perseguido tan de cerca, dirigió las proas de sus naves hacia Filipinas, de las cuales tenía ya noticia, así como también de la escasa guarnición española que las defendía. Confiado en la poderosa escuadra de 72 navíos que le acompañaba, determinó apoderarse de aquellas Islas. La armada enemiga llegó hasta Manila sin ser notada de nadie y los piratas comenzaron un rápido ataque en el que arrollaron a las escasas fuerzas que les salieron al encuentro, matando al Maestro de Campo y otros 13 soldados. Cuando la ocasión era más propicia para exterminar a los desprevenidos españoles y apoderarse de la ciudad, por causas que nos son desconocidas, el pi-

(1) De este hecho existen por lo menos cinco Relaciones contemporáneas: La del P. Albuquerque, fechada a 5 de junio de 1575, publicada en «Archivo Agustiniiano», vol. XIII, pág. 46 ss.; la del Cabildo de Manila con fecha 2 de junio; 1576, publicada en «Revista Agustiniiana», vol. XVIII, pág. 232 ss.; la de Lavezares, sin fecha e incompleta, publicada en la misma revista, vol. XXXV; la del P. Rada, escrita a su vuelta de China y publicada en la «Ciudad de Dios», vol. VIII y IX; la de Francisco de Sande fechada a 7 de junio de 1576; publicada por W. Retana en «Archivo del Bibliófilo Filipino»; Tomo II, pág. 1 ss. El P. Marín escribió también una Relación de su viaje a China, en la que sin duda habla también de este hecho, pero dicha Relación no ha sido aún publicada, ni la hemos podido consultar. En nuestra narración seguiremos la del P. Rada.

rata dio la orden de retirada a los suyos y en el interim los españoles lograron atrincherarse y prepararse para el nuevo ataque con algunos soldados de refuerzo que les llegaron de un lugar cercano. Cuando Lin-Hung quiso dar el asalto definitivo al fuerte en que se habían guarecido todos los españoles fue rechazado, dejando más de 200 cadáveres en el campo. Ante la denodada e inesperada resistencia de los españoles, el Corsario tuvo que retirarse y desistir del ataque. Viendo que no le era posible apoderarse de la ciudad, se decidió a esperar mejor coyuntura y se retiró con sus huestes a un lugar distante de Manila 50 leguas, sin que los españoles pudieran perseguirlo en la retirada, por haberles sido destruidos todos los navíos que tenían. Meses más tarde, al conocer los nuestros el paradero de Lin-Hung, el Gobernador Lavezares envió contra él una flota de 59 «navichuelos, de estos que los indios usan en esta tierra» en los que iban 250 españoles y cerca de 2.500 indios. Nuestros soldados sorprendieron al Pirata en su madriguera y merced a la táctica y valentía que les caracterizaba, destruyeron las naves enemigas, incendiaron la mayor parte de la población que Lin-Hung había construido y lograron cercarlo. No quisieron los españoles continuar el ataque, esperando que el hambre obligaría al Corsario a rendirse sin necesidad de sacrificar nuevas vidas y se limitaron a reforzar el cerco.

Así estaban las cosas a fines de marzo de 1575, cuando con sorpresa de todos, se presentó en Manila otra escuadra china enviada por el Gobernador de «Chuinchin» (Chwan-chow) que iba en busca del temido Pirata. Al frente de ésta escuadra iba U-Mo-K'an con cartas para el Corsario en las que se le intimaba la rendición. (1)

U-Mo-K'an fue muy bien recibido por los españoles, quienes le enteraron de lo sucedido con el pirata y mos-

(1) El P. Rada escribe Homonco y otros Omonco, nosotros le damos el nombre por que se le conoce en la historia china.

traron el difícil trance en que se encontraba, sin que tuviera posibilidades de escapárseles o de romper el cerco. Le aseguraron, además, que de muy buen grado estaban dispuestos a entregarlo vivo o muerto al Emperador de China, demostrándole así su amistad y esperando poder entablar con su gran Imperio relaciones comerciales. Quiso el capitán U-Mo-K'an volver inmediatamente a China para anunciar al Gobernador que le había enviado los buenos resultados obtenidos por los españoles y darle a conocer la buena voluntad de que éstos estaban animados.

Tanto los religiosos Agustinos, los únicos que hasta entonces trabajaban en Filipinas, como las autoridades de la Colonia, vieron en este acontecimiento los designios de la Providencia y concibieron una gran esperanza de poder llevar a cabo los ardientes deseos que siempre los habían animado. Pidieron, pues, a los referidos chinos que llevaran consigo algunos españoles, y ellos «se ofrecieron de su voluntad a llevar allí religiosos, como cualesquier otras personas que quisieran ir a la China» (1).

Cuando esto vieron los religiosos, una santa envidia y emulación se apoderó de todos, esperando cada uno de ellos ser el afortunado que pudiera al fin entrar en el misterioso Imperio (2). He aquí las esperanzas y ardientes deseos que manifestaba el celoso P. Albuquerque, quien a pesar de sus heroicas tentativas, no había podido hasta entonces ver satisfechos sus deseos: «Han venido, escribe, algunos navíos de China, enviados por los gobernadores de China por saber deste tirano y los que en ellos vienen quieren llevarnos a la China. Podrá ser mandarnos al P. Provincial pasado (el P. Rada) y a mí para ver esta tan

(1) Relación del P. Rada.

(2) «Viendo los religiosos que tan buena ocasión se les entraba por las puertas, escribe el P. Medina, asíéronla de la melena, procurando con todas veras cumplir los deseos que acerca de esta parte habían tenido en aquella poderosa monarquía, predicando en ella la fe». (Historia de los sucesos de la Orden de S. Agustín de las Islas Filipinas, publicada en Biblioteca Histórica Filipina, vol. 4).

deseada tierra... si yo fuera a la China, ya escribiré a las órdenes lo que sintiere y a los señores obispos y virrey para que provean o no de eclesiásticos, porque si el Señor les toca, no bastarán ni dos ni tres mil eclesiásticos, según la tierra es de grande e innumerable la gente (1).

Tampoco esta vez vio el citado Padre colmados sus deseos, pues una semana más tarde de escrita la carta citada, salieron para China los PP. Rada y Marín.

El Gobernador Lavezares aceptó con mucho gusto la buena voluntad de los chinos y los religiosos se llenaron con ella de entusiasmo. «Pareciendo al Gobernador, escribe el P. Rada, que no era razón de perder tal coyuntura para alcanzar lo que tanto se había deseado, que hubiera lugar y entrada para que se predicara el santo Evangelio en los Reinos de la China y que tal coyuntura en mil años no sucedería» (2).

Los Superiores, por su parte, pensaron en designar religiosos santos y hábiles para la gran misión que se les encomendaba y el P. Alonso de Alvarado, a la sazón recién electo provincial (3) a petición del Gobernador, designó a los PP. Martín de Rada y Jerónimo Marín. A estos dos religiosos cupo el honor de ser los dos primeros misioneros del Patronato español que entraran en China. Los Padres iban con carácter, no sólo de misioneros, sino también como embajadores del Gobernador, aunque el primero era el proyecto más importante, tanto de ellos como del Gobernador, según nos lo dice el P. Rada. Señaló para ello (ir a China) a fray Martín de Rada y fray Hierónimo Marín religiosos de la orden del glorioso S. Agustín y quiso que fuesen juntamente con ellos dos soldados Miguel de Loarca y Po. Sarmiento (4) «para que

(1) Relación del P. Albuquerque.

(2) Relación del P. Rada.

(3) El P. Alvarado, como hemos visto en el cap. I, había ido ya al Oriente en la expedición de Villalobos y había tratado de poder ir a China o al Japón.

(4) Según el mismo P. Rada dice más adelante, iban también con ellos Pedro de Cuenca y Juan de Triana, además de un chino cristiano que les servía de intérprete y doce naturales de Filipinas.

si admitiesen los chinos aquellos religiosos y quedaran en la tierra pudiesen volver los dichos soldados con la respuesta y relación de lo que la tierra era y así embió los dichos religiosos como «embajadores con cartas y presentes para el Gobernador de Chuinchuin que era el que había embiado al Capitán Homonco» (1).

Hechos todos los preparativos y elegidos los presentes que se habían de llevar, el 12 de Junio salieron nuestros misioneros y soldados para China, a donde llegaron el 5 de julio (2). Durante la travesía tuvieron grandes temporales, pero, como dice el P. Rada, Dios los sacó de todo peligro con tanta felicidad, que hasta los mismos chinos lo atribuyeron a su especial favor, y por respeto a los mi-

(1) Al hablar de la entrada del P. Rada en China, algunos autores dicen que él fue el primer misionero que entró en China, aserción falsa, pues con él iba también el P. Marín, que debe tener parte en la honra y antes que ellos dos habían entrado en China varios otros misioneros, aunque por poco tiempo. En 1555 Melchor Núñez Barreto, S. J. pasó dos meses en Cantón, este mismo año llegó a Macao; y probablemente entró en China, Caspar da Cruz, O. P. y en 1565 lograron entrar los PP. Pérez y Texeira, aunque al poco tiempo fueron expulsados. Cfr. K. S. Latourette. *A History of Christian Missions in China*, ch. VI, pág. 89. Los PP. Rada y Marín fueron no sólo los primeros misioneros españoles que entraron en China, sino también los primeros del Patronato español.

Es muy probable que tanto el P. Rada como el P. Marín supieran ya alao de chino cuando fueron designados para ir a China, y acaso ésta fuera una de las razones que movió a los Superiores a enviarles a ellos y no a otros. Del P. Marín nos dice el P. Jorde que estudió el chino en Filipinas (Catálogo, pág. 11). El P. Rada decía en la carta de 1572 que había tenido consigo en Cebú a un chino llamado Cancó. Probablemente una de las razones que movieron al P. Rada a dar larga hospitalidad en su casa a un chino, fue el deseo de aprender su lengua, para poder predicar en China, según era su intención. En la Relación, sin embargo, cuenta el P. Rada que dijeron al Virrey de Fuchow que por no saber el chino no le podían predicar y le rogaron que les permitiera quedar en China para aprender su lengua, pero ésta podía ser una disculpa para que les dejara permanecer en China, y seguramente no sabían a perfección la lengua. El P. Mendoza escribía en 1585: Consultaron sobre quién iría (a China) que fuese más a propósito para lo que pretendían (que era como hemos dicho, procurar de introducir nuestra Sancta fe Cathólica en aquel Reino) y determinaron fuesen dos religiosos, no más, a causa de que havia falta de ellos y dos soldados en su compañía y que los religiosos fuesen el Padre fray Martín de Herrada... el cual demás de ser doctísimo y sanctísimo varón y haver con este deseo aprendido la lengua del dicho reyno...) *ob. cit.* cap. IX, lib. 10. pte. 2^a.) Véase también el testimonio del P. Román en la nota de la página 365.

(2) Es curioso notar que nuestros religiosos y soldados al llegar a China tomaron posesión de la tierra en nombre de España. En un documento de 1591 atestigüa Pedro Sarmiento: «Quando los dichos religiosos y testigos fueron a la China, tomaron posesión de ella en nombre de su Magestad, cortando árboles e diciendo que tomaban posesión de aquella tierra en nombre de su Magestad». (Cfr. «La Ciudad de Dios», vol. II, pág. 315).

sioneros dejaron de hacer las supersticiones de costumbre al ídolo de la navegación. El 5 de julio desembarcaron en Amoy o Tion-concon, como le llama el P. Rada (1). A la entrada del puerto fueron recibidos por 12 navíos que allí les esperaban y después, varios oficiales chinos les dieron la bienvenida, uno de los cuales acompañó a los religiosos durante todo el tiempo que estuvieron en China. Al saltar a tierra les hicieron un recibimiento como aún suelen hacerlo en los lugares poco frecuentados por europeos. «Luego envió el alcalde del pueblo sendas cédulas por las cuales nos enviaba a decir que saliésemos a tierra cuando quisiésemos, y así saltamos en tierra do estaba aguardándonos, y había hecho traer sillas en que nos llevasen en hombros y como no quisiésemos ir así hizo traer caballos, aunque por estar en el pueblo no quisimos ir sino a pié y era tanto el concurso de la gente que venía a vernos que no podíamos rehender por ellos, y no solamente allí pero en todos los pueblos que anduvimos así a la ida como a la vuelta no cabían en las calles y posadas do nosotros posábamos con ser de continuo casas grandes con muchos patios y salas, de la gente que nos venía a ver que ni aprovechaba cerrar las puertas, que si no los echaban a palos no nos podíamos valer y aún por encima de las tapias de las huertas y de los tejados de las casas vecinas se ponían a mirarnos y aún también de noche» (2).

Tanto los religiosos como los soldados fueron muy agasajados por las autoridades chinas el tiempo que en este lugar estuvieron. El día 7 de julio salieron para Chwan-Chow siendo su primera etapa Tangoa distante

(1) La vista del puerto de Amoy y la multitud de navíos en él surtos, llamó poderosamente la atención de nuestros embajadores. «Era cosa de ver, escribe el P. Rada, aquella entrada del puerto donde podían caber infinitos navíos y muy seguro y limpio y fondeable, que en entrando, se reparte entre dos brazos de mar grandes. Por todas partes andavan cruzando tantos navíos a la vela y con zinglones que ponían espanto porque no se podían contar según estaba todo lleno de ellos». (Relación)

(2) Relación del P. Rada.

de Amoy unas siete leguas. El mandarín de este lugar no se dignó visitarlos, si bien les mandó aviso de que pasaran por su casa, como lo hicieron siendo muy bien recibidos. En esta ciudad los encontraron los emisarios del gobernador de Chwan-Chow, quienes les traían una especie de patente o cédula para que pudieran ir a cualquier parte que gustaran, que en todas se les agasajaría como a personas nobles (1). De Tangoa partieron para Chwan-Chow distante 13 leguas. El trayecto lo hicieron en silla, que ahora aceptaron por haberles dicho que aquel era el medio de locomoción de toda persona noble y que el ir a pie o a caballo era de gente baja. Durante todo el camino fueron acompañados por un destacamento de 400 soldados que el gobernador les había enviado para su servicio. La nutrida población que por todas partes se veía y los campos maravillosamente cultivados, llamaron muy especialmente la atención de nuestros embajadores. Cuando llegaron a Chwan-Chow se aposentaron en un templo budista, donde fueron agasajados y honrados como en otras partes. Cuando quisieron visitar al gobernador, éste les exigió que le hicieran las mismas reverencias y cortesías que sus vasallos, cosa a que los embajadores accedieron con mucha repugnancia y solo por el temor de ver frustrados sus planes. «Nos envió a decir (el Gobernador) que habíamos venido hasta allí por su mandato y que si queríamos verle habíamos de hacerle las mismas cortesías que sus capitanes le hacían

(1) «A aquella tarde vino Recaudo del Incuanto que así llaman al gobernador de chuinchín y era un tablón grande escrito de letra gorda y era como patente por el cual mandaba que por todas partes nos diesen lo necesario y que a los religiosos los llevasen en hombros en sillas grandes cubiertas como literas que 4 chinos llevaban cada una de ellas y a los soldados y gente de servicio que a todos les proveyesen de cabalgaduras, y que con cada una de ellas un criado a pie chino y más todos los chinos que fuesen necesarios para llevar el ható, y siempre a donde quiera que hubiésemos de ir y en adelante un hombre con la tabla a cuésta para que a todos fuese notorio y estuviese todo a punto y aunque rehusaron mucho los religiosos de ir en hombros de hombres, pero los capitanes que iban con nosotros digieron... nos tendrían por gente baja si no nos llevaban de aquella manera porque allí toda la gente honrada andaba en sillas.» (Relación)

que era hincarnos de rodillas a la salutación y que si no lo queríamos hacer que nos volviésemos de allí al puerto. Parecíamos a todos que era bobería por mirar en puntillos dejar de negociar aquello a que veníamos y así nos dieron entrada... A nuestra entrada salió el Incuanto y como nos hincásemos de rodillas hizo él una inclinación muy profunda y nos hizo levantar». En esta visita le presentaron las cartas que para él traían y que acreditaban su embajada y le entregaron los presentes que les habían dado en Filipinas. El Gobernador los despidió e invitó a un solemne banquete. Al siguiente día les pasó orden de que partieran para Fukien a entrevistarse con el Virrey que tenía allí su residencia. Los misioneros se opusieron a partir manifestando al Gobernador que antes tenían que negociar con él el asunto a que habían venido, pero de nada valieron sus protestas y tuvieron que dirigirse a la residencia del Virrey. De Chwan-Chow pasaron a Hinghwa que dista unas 17 leguas, y que poco antes había sido saqueada por los piratas japoneses ayudados por tres chinos de Manila. De Hinghwa pasaron a Fuchow distante unas 23 leguas, empleando seis días en el recorrido de las 40 leguas. Llegados a Fuchow se aposentaron en uno de los arrabales de la ciudad y al día siguiente se presentaron al Virrey quien los recibió cortés, pero friamente, y les dio aposento en una casa de la ciudad proveyéndoles de todo lo necesario, y poniéndoles guardia para que la afluencia de curiosos no los molestara. Los religiosos estaban disgustados porque a pesar de todos los agasajos de que eran objeto no les permitían exponer al Virrey con toda claridad el fin principal a que habían venido. Así se lo manifestaron al Virrey por tercera persona, quien les respondió que lo pusieran por escrito como lo hicieron. Al fin de la exposición le dieron a entender «que los religiosos ni eran soldados ni buscaban mercadurías, sino que venían a enseñar al Dios verdadero y las cosas del Cielo y para ello los embiaba S. M. a estas partes y que

por eso no se les podían dar a entender sin saber lengua de la tierra que les pedíamos licencia para quedar en ella en el lugar que él fuese servido para poderla aprender» (1). El Virrey les contestó que lo más apremiante era traerle a Lin-Hung y que en trayéndoselo les concedería todo lo que pidieran y se los consideraría como a hermanos, en el interin él escribiría al Emperador y la respuesta de éste llegaría antes de que ellos salieran de aquella ciudad.

A los pocos días los informaron de una nueva decisión adoptada, decisión que muestra bien a las claras que los chinos sólo deseaban tener en su poder a Lin-Hung y todas las bellas promesas que les habían hecho de «que como tragésemos vivo o muerto a Linhon todo cuanto quisieramos se haría y que nos tendría por hermanos» eran solo buenas palabras. Dijoles el Virrey que había determinado enviar a Manila una flota de 100 navíos para apoderarse del pirata, pero los religiosos le respondieron que no eran necesarios pues el Corsario debía estar ya en manos de los españoles, si es que no se les había huido. Oídas estas razones quedó el Virrey en mandar sólomente dos o tres navíos y se dio prisa a despachar a los embajadores. Mientras estas gestiones se llevaban a cabo tuvo lugar un incidente que estuvo a punto de echar por tierra las esperanzas que aún tenían los religiosos. Sucedió que cerca de Fuchow apareció un pirata con trece navíos y se propaló el infundio de que el pirata no era otro sino el mismo Lin-Hung que había comprado a peso de oro su libertad a los españoles. A los pocos días se aclaró el asunto y resultó ser un antiguo subalterno de Lin-Hung que hacía años se había separado de él para hacer correrías por su cuenta. La conducta de los soldados españoles nada acostumbrados a etiquetas chinas y servilismos orientales fue ocasión de que el Virrey se enojase y les

(1) Véase lo que dijimos en la nota de la pág. 353

prohibiera salir de casa (1). Las relaciones entre unos y otros se iban poniendo peor cada día, o mejor dicho: los chinos iban mostrando cada vez más claramente sus recelos e intenciones.

El Virrey preparó finalmente diez navíos para ir en busca del vencido Corsario y al frente de esta escuadra puso al capitán Siaoya. Cinco de los navíos iban a cargo inmediato de U-Mo-K'an y los otros cinco al de Sinsay. Después de obsequiarlos con un banquete y darles regalos para sí y para el Gobernador de Filipinas, despidieron a los embajadores enviándolos por tierra al puerto de Amoy. A los religiosos se les dieron sillas tiradas por ocho cargadores, a los soldados de cuatro y al resto de dos o caballos. El 22 de agosto salieron de Fuchow y a fines del mismo mes llegaron a Amoy. Aunque los navíos no estaban aún preparados para hacerse a la mar, hicieron el simulacro de embarcarse el 5 de septiembre, por ser día fausto según los horóscopos.

Después de haber hecho los sacrificios y ritos de costumbre volvieron a los pasajeros a tierra donde esperaron hasta que todo estuvo preparado. El 14 de septiembre se embarcaron definitivamente, pero tuvieron tan recios temporales y tempestades tan deshechas que se vieron precisados a permanecer durante 22 días en una isla desierta cerca de Formosa. Allí supieron la desagradable noticia de que Lin-Hung se había logrado escapar del cerco en que lo tenían los españoles. La nueva causó verdadera consternación, sobre todo a los misioneros, quienes veían deshacerse en un momento todas sus bellas esperanzas. Los capitanes U-Mo-K'an y Sinsay querían acometer al pirata, cuyo paradero les habían indicado ya, pero Siaoya

(1) «Sucedió también que en estos días como los españoles salieran cada día por el pueblo en caballos alquilados a ver y comprar algunas cosas, nos embió a decir el Virrey que sus capitanes y hombres principales se le habían quejado que topando con los españoles por la calle no les hacían la reverencia que los suyos les suelen hacer y se apeaban de los caballos como es uso entre ellos, y por tanto que no saliésemos por la ciudad, y si algo quiésemos todo se nos traería a casa». (Relación del P. Rada)

se opuso a ello, alegando que él había sido enviado a recibir al enemigo de manos de los españoles y no a luchar contra él. Después de muchas discusiones se decidieron a continuar el viaje a Manila. El 17 de octubre tomaron tierra en Luzón, dando fin así a la primera embajada española a China.

Tal fue la primera expedición de nuestros misioneros a tierras de China. Los frutos apostólicos obtenidos fueron nulos y la única esperanza que aún conservaban los religiosos, debió desvanecerse al ver confirmada en Manila la noticia de la evasión de Lin-Hung. No nos dice el P. Rada si predicaron en público; probablemente no lo hicieron, aunque sí exhortaron a algunos de los que les acompañaban, quienes parecían dar esperanzas de convertirse. Al pasar por Hinghwa encontraron a dos cristianos, a quienes animaron en la fe; a su vuelta a Amoy encontraron a otros dos. En Fuchow se enteraron de que había en la cárcel un portugués quien les pidió socorro y a quien trataron de ayudar y visitar, pero por más que hicieron no les fue permitido hacerlo.

El Virrey de Fuchow, más por complacencia que por convicción, aparentó mostrar algún interés por las cosas de nuestra religión y pidió a los padres que le cedieran sus breviarios y le tradujeran la mejor de sus oraciones, como así lo hicieron. «Embíonos a pedir el Virrey que le embiásemos el libro con que solíamos rezar que lo quería ver, y como le embiásemos el breviario tomó de él cinco o seis estampas de unas que estaban por registros entre las cuales tomó un crucifijo y una columna y eccehomo y una coronación de nuestra Señora y una imagen de Sta. Vrigida y no sé si alguna otra más, y embíonos a pedir el breviario que se lo diésemos, y respondimos que teníamos necesidad de él para rezar, pero en su lugar le dimos un libro de fray Luis de Granada. Pidiónos también que le diésemos la mejor oración que tuviésemos, escrita en nuestra lengua y la suya, embiámoles la oración del pater-

noster y los mandamientos, con los cuales mandamientos recibieron todos los que los leyeron en gral. grande gusto.» Añade después el P. Rada lleno de entusiasmo: «Creo que sería gente fácil de convertir si no lo estorbaba la gran magestad de sus mandadores, porque algunos a quienes en particular se les trató de ello, fácilmente asentían a las cosas de nuestra fe» (1).

Si nuestros misioneros no consiguieron lo que tanto habían deseado, no por eso fue inútil su expedición, no. España y aún Europa entera fue por mucho tiempo deudora de los conocimientos que de China tuvo, al P. Rada. La extensa memoria que con el título de Relación del viaje que se hizo en 1575 a la tierra de Taybin escribió este insigne religioso, es un verdadero monumento que bien le merece el calificativo de fundador de la Sinología y de etnólogo que al principio del capítulo le dimos (2).

Las interesantes y verdaderas noticias que acerca de la geografía, historia, religión, costumbres y estado de China nos da, serían por sí solas bastantes para que el nombre de este humilde y poco conocido religioso pasara a la posteridad. Las acertadas observaciones que acerca del carácter y costumbres de los chinos hace, nos demuestran un gran observador y sicólogo; los datos históricos, geográficos y religiosos que nos suministra son prueba evidente de que al escribir dicha relación no se contentó con darnos algunas indicaciones someras, arbitrarias y subjetivas tan propias de turistas como indignas de pasar a la historia y menos de hacerla. El P. Henry Bernard en

(1) Relación del P. Rada.

(2) Después de contar el P. Rada las peripecias de su viaje, nos habla de algunas cosas tan importantes como estas: De la grandeza del reino de Taybin y como está situado—De las provincias en que se reparte el reino de Taybin—Del número de las ciudades y villas del reino de Taybin—De la gente de guerra que hay en guarniciones y armas—De la gente que hay en el reino de Taybin y tributantes y tributos—De la antigüedad del reino de Taybin y las mudanzas que en él ha habido—De la manera de la gente y de sus costumbres y trajes—De la manera de comer y de sus convites—De los edificios y labranzas, minas y otras cosas que hay en la tierra.

su libro ya citado dedica a este viaje un capítulo entero con el título de «Primera Misión científica» y dice de él: «La expedición de los Agustinos no se termina con este fracaso y los nombres de Urdaneta y Rada deben ser escritos entre los de aquellos a quienes la ciencia de China es deudora en alto grado... El viaje de Rada fué vulgarizado en Europa por su hermano de hábito González de Mendoza; ninguna obra, ni aún los comentarios de Ricci, publicados ya en 1616, contribuyeron tanto como la relación de Rada a entender entre el público las nociones serias acerca de China y sus instituciones» (1).

Poco acertada y destituida de todo fundamento nos parece la impugnación que de las afirmaciones de Bernard hace Van Wagemberg C. M. al decir de este viaje: «La misión bien poco científica, consistía en que llegase a una inteligencia para el control de los mares contra los piratas y sobre todo a obtener facilidades de comercio» (2).

Es muy cierto que el obtener facilidades de comercio era uno de los fines que se perseguían, pero lo que ante todo se pretendía por parte de los misioneros era poder obtener licencia de las autoridades para predicar el Evangelio.

Que la «misión fuera bien poco científica» es una afirmación gratuita y falsa, que pudo hacer sólo quien trataba más de impugnar a Bernard que de dilucidar los hechos y quien seguramente no tuvo a la vista la Relación de nuestro misionero. El P. Rada nos dice en sus cartas que uno de los móviles que tuvo al querer enviar antes al P. Albuquerque y lo mismo podemos decir de su viaje era el de poder tener noticia cierta de las cosas de China.

La Relación es un verdadero documento de información científica. Por no entrar en nuestro asunto nos abstenemos de exponer los curiosos datos que acerca de la geografía, historia y religión de China nos da en ella, pero sí

(1) Bernard. ob. cit. ch. VII, pág. 112-113.

(2) Van Wagemberg C. M., Le Bulletin Catholique de Peking, 1946, N. 390 pág. 258

hemos de advertir que para su composición se valió el P. Rada no sólo de sus observaciones, y de lo que había oído en China, sino también de muchos libros chinos que consigo llevó a Manila (1). La relación del P. Rada y los libros que consigo llevó a Manila, sirvieron al P. González de Mendoza para la composición de su gran obra *Historia de las cosas más notables del gran Reyno de la China*, quien después de citar los títulos de algunos de ellos añade: «Estos y otros muchos libros truxeron los dichos Padres, de donde como he dicho se han sacado las cosas que se han dicho y dirán en este libro y *Historia*; interpretados por personas nacidas en la China y criadas en las islas Filipinas en compañía de los españoles que en ellas residen» (2).

(1) He aquí lo que el mismo Rada nos dice acerca de las fuentes de que se valió para hacer la *Relación*: «Las cosas que aquí trataremos en este Reyno, será parte de las vistas por ntros ojos, parte sacadas de sus mismos libros, impresos y descripciones de su tierra, porque tienen una curiosidad ellos para sí mismos que no solo tienen descripciones universales y particulares de su tierra, pero aún libros de ello impreso en donde están descriptas en particular todas las provincias, ciudades y villas y fronteras y guarniciones, y todas las particularidades de ellas, y las familias y tributantes y tributos y aprovechamientos que de cada una de ellas viene al Rey, de los cuales libros vinieron a mi poder siete diferentes impresiones de diferentes autores y años pños. que cotejados los unos con los otros se pudiese mejor conocer la verdad, aunque como gente que sabe muy poco de geografía ni geometría ni aún aritmética ponen muy toscamente su pintura y aún las distancias y circuitos muy falsos y que es imposible concertarlos en muchas partes; pero siguiendo aquello que me pareció más verdadero cotejándolo todo y algunos derroteros suyos que vinieron a mis manos. En cuánto a las distancias me acortaré mucho en algunas partes de lo que en sus libros está escrito, porque aún tomadas en particular las distancias y después sumadas están muy falsamente sumadas en sus libros; así que en cuanto a la grandeza de la tierra y distancias lo que aquí digése será muy más corto de lo que por sus libros se hallara, pero entiendo que es más verdadero y remito la verdad a la experiencia cuando toda la tierra se ande; mas en todo lo demás seguiré a lo escrito en sus libros». (Rada, *Relación*).

(2) El P. Mendoza cita la materia de algunos de los libros llevados a Manila por el P. Rada. Hélos aquí según constan en la edición latina de la obra de dicho Padre.

1) «*Descriptio totius regni Sinensis ac in qua ejus parte quaelibet sit Provincia, longitudo et latitudo singularum, ac regna illis finitima.*

2) «*De tributis ac censibus Regi debitis: aulae regimine, memeredibus singulorum ordinariis, de ministris ac limitatibus eorum functionibus.*

3) «*De solventibus in quaelibet Provinciae tributum, numero exemptorum ac exigentorum tempore.*

4) «*De navium varii generis architectura, navigandi instructione, portuum singulorum altitudine et qualitatibus.*

5) «*De Regni Sinensis antiquitate, mundi exordio, quomodo ac per quem inceperit.*

6) «*De Regni Regibus, eorum successione ac forma regiminis, vitae ac moribus singulorum.*

Este testimonio y el del P. Román nos demuestran bien a las claras el cuidado y esmero con que el P. Rada compuso su relación y a la vez es testimonio evidente de que

7) De caeremoniis sacrificiorum quae idolis velut Diis suis offerunt; idolorum nominibus ac ortu sacrificiorum tempore.

8) Sinensium de animae immortalitate, coelo ac inferno opinio: sepulturae ac exequiarum ritus: lugendi obligatio; et ad quos consaguinitatis gradus haec se obligatio extendat.

9) De legibus Regni, quando et per quem latae: transgressorum poenis, aliisque ad politicam pertinentibus

10) Plurimi libri de herbis medicis ac modo eas applicandi ut prossint et sanent.

11) Alii praetera de medicina auctores veteres et moderni: de mediis quibus se aegroti curent, et sani se ab aegritudine praeservent.

12) De petrarum ac metallorum proprietatibus, rerum naturalium virtutibus: quomodo gemmae, aurum argentum aliarumque matalla vitae humanae utilia esse possint, et qualiter se mutuo ista utilitate excedant.

13) De coelorum, planetarum ac stellarum motu et numero, effectibus et influentiis.

14) De Regnis ac nationibus omnibus in quorum notitiam devenerunt ac rebus ab iis gestis.

15) De hominum, quos pro sanctis habent, vitis ubi eas egerint, ubi finierunt ac sepulti sint.

16) De alearum, la trummculorum ac manualibus lusibus.

17) De musica ac cantionibus eorumque auctoribus.

18) De mathematica et arithmetica ac regulis earum scientiam facilitantibus.

19) De foetus in ventre matris operationibus ejus per singulos menses status et sustentatione; quae fuerint commoda vel incommoda nascendi tempora.

20) De architectura omnis generis; quae sit apta longitudo et latitudo in aedificiis proportio.

21) De fertilis sterilisque terrae proprietatibus ac ad eam discernendam indicia quos quaelibet fit fructus uberius productura.

22) De astrologia naturali et judiciaria atque ad eas ediscendas regulis, de formandis ex quibus praedicant figuris.

22) De Chiromantia, Phisiognomia aliisque signis et singulorum significationibus.

22) De epistolarum conscribendarum stylo, et titulis cuilibet pro dignitate et qualitate adscribendis.

23) De equorum educatione et disciplina.

24) De divinationibus per somnia et sortitionibus cum iter aliudve opus, cujus incertus est eventus aggrediuntur.

25) De populi sinensis, praecipue vero de Regis vestitu ac Rectorum insignibus.

26) De armis ac bellicis instrumentis fabricandis et instituenda recte arte.

Después de copiar esta misma bibliografía el P. Bernard, en su obra ya citada añade: «Hemos querido insertar esta bibliografía para que se vea claro que si la información de estos primeros exploradores no fué exhaustiva, marca no obstante, un progreso incomparable sobre todo lo que hasta entonces se había escrito. El sistema de exámenes, de administración, de medicina, botánica y otros mil, fueron entonces estudiados por vez primera en documentos originales». (pág. 115).

Esta Relación sirvió también al P. J. Román para componer algunas partes de su célebre obra «Repúblicas del mundo» en la que dice del P. Rada y de su Relación: «Pues como él estando en la China en ésta jornada no supiese estar ocioso, determinó leer varios libros en aquella lengua china y entre ellos muchos que tratan de sus antigüedades y mirando atentamente los ritos de aquellas gentes, los recogió en un tratado breve el cual vino a mis manos». (Citado por el P. G. de Santiago Vela en Ensayo... Tomo VI, pág. 671).

trabajó en ella con todo el aparato científico con que podía hacerlo cualquier erudito de nuestros días.

La cita acotada pone también fuera de duda el hecho de que los primeros libros traducidos del chino al español, fueron traducidos por los Agustinos en 1575, antes aún de que hubiera otros religiosos en Filipinas, bien en contra de lo que el P. Benavides, O. P. decía en 1595 en favor de un libro traducido por el P. Cobo entre 1588-1592. «El primer libro que en el mundo se ha traducido de lengua y letras chinas en otra lengua, es éste; y es orden de la sabiduría de Dios que el primer libro de aquella nación se tradujese en letras y lengua castellana y por fraile de religión castellana, cual es la de Sto. Domingo» (1).

Nos hemos alargado en esta materia, por querer poner en claro la obra llevada a cabo por el P. Rada. Sin querer quitar a nadie la gloria que le corresponde, deseamos se de a éste ilustre misionero el puesto que él se merece.

El P. Rada fue también el primer europeo que compuso gramática y diccionario de la lengua china. El paradero actual de estas dos obras nos es desconocido, pero su composición nos la aseguran varios documentos de entonces.

Volvamos a la narración histórica de lo sucedido con nuestros embajadores. A su llegada a Manila fueron recibidos todos con grandes muestras de regocijo. «Recibióse la armada que traía a los frailes en esta ciudad con mucha fiesta y regocijo, y el gobernador les hizo mucha cortesía» (2). Los embajadores, naturalmente, volvían algún tanto disgustados, pues a pesar de todas las cortesías y banquetes con que a profusión habían sido en China obsequiados, pudieron ver claramente la desconfianza y recelo de los chinos. Las informaciones que por su parte

(1) El libro a que aludimos se titulaba *Beng Sim Po Cam*. El P. Benavides escribía las palabras citadas al Príncipe Don Felipe, después Felipe III. La cita está tomada del P. Vela, *Ensayo*, vol. VI, pág. 457.

(2) Relación del Cabildo.

había dado el capitán U-Mo-K'an respecto a la derrota del Pirata, no podían ser más falsas y hacer menos honor a los españoles. Según una relación contemporánea, los capitanes chinos dijeron que ellos habían vencido a Lin-Hung y que los españoles, alentados con su ejemplo, les habían ayudado. Al cerciorarse ahora de la escapada del temido Corsario, llegaron a temer por su vida, de suerte que pidieron al gobernador Francisco de Sande les diera un documento afirmando que Lin-Hung había sido muerto por los españoles, cosa a que Sande se negó, contestándoles que los españoles no sabían mentir. Todo esto fue bastante para que los chinos quedaran descontentos y para que los españoles, sobre todo el Gobernador, concibiera una gran antipatía y desprecio hacia ellos. Del capitán Siaoya dice Sande en su Relación, que era «de poca persona y ruin talla y dizen había sido corsario cuando mozo». Acerca del trato que se les dio en Manila, están acordes todas las Relaciones en decir que fue espléndido, pero que ellos esperaban aún más. El Gobernador decía: «Yo les hize buen tratamiento y ningun modo hay de ablandalles la condición si no es con dádivas, aunque a mi parecer sería mejor con las armas... llevan los chinos armada su mentira y publican que aquí no les dimos nada, y verdad que gastaron en dalles de comer y matalotaje y otras cosillas que se les dieron, mucha parte de la real hacienda de V. M.». La Relación del Cabildo dice lo mismo: «El Gobernador les hizo mucha cortesía y buen tratamiento... estuvieron en esta ciudad seis meses, y como son tan fundados en ynteres ésta gente y la tierra estaba pobre, ellos entendieron que havían de llevar las manos llenas empearon a la partidá a hazer muestra de enojo y a desbergonzarse en palabras y casi en obras y todo se sufría por ver si se puede hazer amistad de veras con ellos» (1).

A que obedeciera el enojo de los chinos, no lo dicen

(1) Relación del Cabildo.

bien claramente los documentos citados. Esto no obstante, autores hay que culpan al Gobernador Sande, diciendo que no los trató con la esplendidez que podía haberlo hecho (1).

Esto no parece lo cierto, pero si lo es que Sande tenía muy baja estima de los chinos y es muy probable que aunque los tratara bien, les diera a entender el poco aprecio que la poca caballerosidad de aquellos le merecía. En su Relación los trata de «gente vil y cobarde» a quienes es mejor tratar con las armas que con regalos, y propone a Felipe II un detallado plan de campaña para apoderarse de China y hacer de ella un dominio de S. M.

A primeros de mayo de 1576 estaban los chinos preparados para hacerse a la vela y volver a su tierra. Antes de partir, nos dice Sande, que recogieron en Manila algunas calaveras y fabricaron un sello falso para hacer creer en su tierra que habían conseguido matar a Lin-Hung y a los suyos.

También esta vez quisieron llevar presentes para el Emperador, pero, «en consejo se acordó no llevaran presente, pues era para que éstos lo hurtasen».

A pesar de la mala disposición en que los chinos iban, el P. Rada quiso hacer un último esfuerzo y una desesperada tentativa para poder predicar el Evangelio en China. Pidió a los capitanes con quienes había venido, que llevaran a dos religiosos consigo y éstos accedieron a llevar al mismo Rada y al P. Albuquerque, quién como hemos visto había tratado de ir años atrás. El día 7 de mayo llevaban anclas con los religiosos a bordo. Al llegar al puerto de Bolinao, distante de Manila 40 leguas, comenzaron los capitanes a manifestar su enojo con palabras y obras,

(1) El P. E. Turrado, O. S. A. dice que la causa de haber los chinos captado la malquerencia de Sande, fue porque éstos ofrecieron a Lavezares los presentes que en China les habían dado para el Gobernador de Filipinas y Lavezares era el que los había recibido la primera vez, pero en el interin había dejado de ser Gobernador. (Religión y Cultura, vol. XXX, pág. 232 ss).

robando a los dos misioneros algunas de las cosas que llevaban y maltratándolos sin piedad. Trataron de persuadirlos a que no fueran con ellos, exigiéndoles más dinero, y diciéndoles que allá en China no serían bien recibidos y que los matarían, a todo lo cual contestaron los religiosos que de ninguna manera se volverían atrás, aunque hubiera de costarles la vida su determinación. El día 21 del mismo mes, hicieron los capitanes consejo y llamaron a los dos Padres al navío del Capitán donde les dijeron que no los llevarían a China. Al intérprete que los religiosos llevaban lo azotaron cruelmente; a varios soldados que habían pertenecido a Lin-Hung y que los españoles les habían entregado, los decapitaron y a nuestros religiosos los echaron en tierra entre los salvajes zambales «gente no segura... que su principal deseo es cortar cabezas de hombres» (1). Se libraron de perecer a manos de los Indios por una especial Providencia, como lo asegura el P. Rada. Entre aquellos salvajes estuvieron cinco días, hasta que acertó a pasar por allí el sargento Morones, que había sido enviado por el Gobernador a explorar una mina de oro en Ilocos, y enterado de lo que había pasado los recogió y volvió a Manila (2).

(1) Carta del P. Rada.

(2) He aquí lo que acerca de éste hecho dicen las varias Relaciones contemporáneas: «Ellos (los chinos) se despacharon a 20 de abril (a 7 de mayo dice el P. Rada) y los frayles se bolbieron con ellos por ver si podían hazer algún fruto en que se sirviera a Dios nuestro Señor y su Magestad... El Señor Gobernador imbió al sargento Juan de Morones a descubrir las minas de la provincia de Iloco... y a la buelta que venía halló a los religiosos que iban a la China que los capitanes del Armada que los llevaban los echaron en la costa de Yloco que fue el menor daño que les pudieron hazer de donde se infiere que nos han de ser malos amigos y han de procurar hacernos El daño posible porque hasta una lengua natural de la China que los religiosos llebaban le maltrataron a azotes questa para morir y mataron dos chinos que de acá llebaban que eran de limhón porque no hubiese quien diera verdadera relación del suceso del tirano y por otras causas de bárbaros que a ellos les parescia» (Relación del Cabildo).

«Cuando bolbía el sargento morón de las minas halló en una Isleta los dos frayles que iban a la China con los capitanes que partieron de aquí por mayo, quantan que los quisieron robar, y visto que no trayan oro ni plata porque la limosna que yo les avía dado tenían puesta en cobro por mi consejo, les dixeran que no los querían llevar a china, pues no llevaban allá que dar y robaron un chino que iba por yntérprete con ellos lo que yo le avía dado

Así terminaron los nobles intentos de éstos dos valientes misioneros, a quienes no les fue dado lograr lo que con tantas ansias habían deseado.

¡Valientes soldados de Cristo, que tan bien supisteis pelear las batallas de vuestro Rey, descansad en paz y sed siempre motivo de animación y estímulo para vuestros futuros hermanos que han de seguir vuestras huellas!

y a otros dos chinos que los frayles habían dado que fueron del corsario Limahon les cortaron las cabezas porque no contasen en su tierra lo que pasaba» (Relación de Sande). En ninguna de éstas Relaciones tan detalladas encontramos alusión a los azotes y martirios que el P. Gaspar de S. Agustín dice que sufrieron los religiosos. He aquí sus palabras: «Llegaron al puerto de Bolinao, que cae al Noroeste de Manila, por donde llevaban su derrota; y saltando en tierra los Capitanes con alguna de su gente bien armada, desembarcaron a los dos religiosos y al Intérprete y a los tres criados y después de haberles dicho muy afrentosas injurias y hecho muchos escarnios los ataron a cada uno de por sí: en dos árboles y luego a su vista los cortaron las cabezas a los tres criados; y al Intérprete por ser de su nación le dieron tantos y tan crueles azotes que lo dejaron por muerto; y a los religiosos los desnudaron y dieron crueles azotes, remudándose los más forzudos, hasta cansarse de ejecutar sus iras en tan inocentes corderos que no les habían hecho mal alguno». (Conquista de las Islas Filipinas, cap. XXV y XXVI, pág. 327).

Cosa parecida dicen otros historiadores, tanto Agustinos como de otras Corporaciones, pero como en las Relaciones de entonces ni en la carta del P. Rada se hace mención de estos malos tratamientos, creemos que no existieron.